

AÑO 2000

# Cita con el Apocalipsis



Destrucción de la ciudad por monstruos. Imagen del *Apocalipsis* de Bord (1557).

## El día de la Bestia

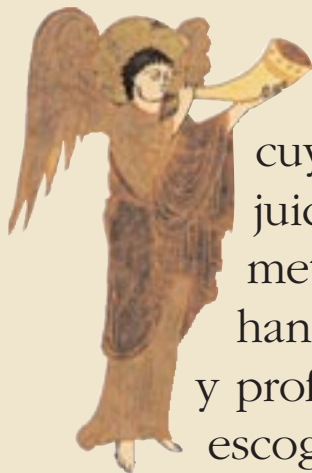
*César Vidal*

## Los profetas del fin del mundo

*José de Segovia*

## El juicio final en el Islam

*Soha Abboud-Haggar*



Con el *Apocalipsis*, el evangelista Juan plasmó la visión cristiana de la Historia como un camino a cuyo término aguardaban la destrucción del mundo y el juicio final de las almas. La cita con el caos quedó metafóricamente cifrada en un milenio, cuyos terrores han sido anunciados cíclicamente por sectas catastrofistas y profetas del fin del mundo, dependiendo del criterio escogido para realizar el cómputo fatal de los años

# El día de la Bestia

**“La Bestia saldrá del mar con el número 666, trayendo el fuego eterno para los que no superen el juicio implacable de Dios que se producirá al final de los tiempos...” El *Apocalipsis* refleja una visión lineal de la Historia, frente al tiempo circular pagano**

César Vidal  
Historiador

LA TESIS DE QUE EL MUNDO VIVE UN DEVENIR lineal que tendrá su consumación al final de la Historia mediante la intervención divina y de acuerdo con unos principios éticos, tiene su origen en el monoteísmo estricto de Israel de donde pasaría al cristianismo y, posteriormente, al islam. Tal visión resulta ajena a la mayoría de las religiones que han existido o existen actualmente, aparte del judaísmo, cristianismo e islamismo.

La fe de Israel, desde Abraham hasta la cristalización del judaísmo talmúdico ya en los primeros siglos de la era actual, ha experimentado una evolución notable. Debe señalarse que los cinco primeros libros de la *Biblia* —la *Torah* mosaica— no demuestran un especial interés por la existencia en el más allá.

Fue la consolidación de David como rey de Israel el factor que implicó una vigorosa proyección de la visión religiosa hacia el futuro. El Salmo 89 señala que el futuro de Israel estará vinculado al gobierno de la dinastía surgida de David. La idea de un final de la Historia aparece aún borrosa pero ya resulta obvia la ruptura con el modelo cíclico del entorno y su sustitución por otro lineal. A partir de ese momento, la confluencia de la promesa davídica con las expectativas éticas de Israel —sin paralelo en el mundo antiguo— y el fracaso real de la nación por amoldarse a ellas fueron perfilando una visión que ya no sólo sería lineal sino de consumación.

A partir del s. VIII a.C., con los primeros profetas que redactan por escrito sus mensajes, la visión histórica de Israel resulta claramente lineal y finalista. Lejos de aceptar el modelo cíclico de su contexto geográfico, los profetas señalan que la nación no ha cumplido con sus exigencias éticas, que Dios desencadenará Su juicio por esa desobediencia y, de manera especialmente importante, que Dios en Su acción no está limitado ni por el espacio ni por el tiempo.

Lejos de ser una divinidad nacional, también ejecutará juicios sobre otras naciones que no han mantenido una mínima carga moral en sus actos —uno de los precedentes de la doctrina actual de los derechos humanos— y, en un momento dado, in-

La Bestia sale del mar con diez cuernos y siete cabezas y recibe su fuerza de un dragón, representado como una serpiente con siete cabezas, en esta imagen del *Apocalipsis* de Beato de Liébana, en la página opuesta.

tervendrá en la historia poniendo fin a la iniquidad y entronizando la justicia (*Oseas* 14, *Joel* 3, *Amós* 9, etc.). El que ese acto de intervención divina quedara vinculado al descendiente de la casa de David, un monarca ungido —mesías— resultaba coherente. En los siglos posteriores, Israel sufrió la aniquilación del pequeño reino norteamericano formado por las diez tribus a manos de Asiria (721 a.C.) y la tribu de Judá fue deportada a Babilonia al ser destruido el templo de Jerusalén por Nabucodonosor II (586 a.C.).

Esta situación de catástrofe acentuó el deseo de asistir a una restauración nacional y a un final de la Historia que no disminuyó ni siquiera cuando, gracias al rey persa Ciro, los judíos pudieron regresar a su tierra en torno al 536 a.C. A partir de entonces, el judaísmo forjaría un nuevo género literario —el denominado apocalíptico— que pretendía describir con detalle no sólo el final de la historia sino también los acontecimientos que lo precederían. Además, a la idea de una existencia consciente de ultratumba (*Isaías* 14, 9 ss; *Ezequiel* 32, 21 ss) se sumó la de la fe en la resurrección de justos e injustos para recompensa o castigo eternos que tendría lugar al final de la Historia (*Daniel* 12, 2 ss).

## El cristianismo primitivo

El judaísmo en cuyo seno nació el cristianismo —el denominado del Segundo Templo— distaba mucho de ser un todo monolítico. De hecho, su variación doctrinal era muy acusada en cuestiones como la creencia en el mesías, en la vida ultraterrena, en la resurrección, etc. Fariseos y esenios —una de cuyas ramas conocemos relativamente bien gracias al descubrimiento de los documentos del mar Muerto— asumían una visión lineal de la Historia dividida en el mundo presente y el futuro inaugurado por la llegada del Mesías, la instauración del Reino de Dios, la resurrección de los muertos y su ulterior premio o castigo eternos. Los saduceos, por el contrario, negaban tales posibilidades e incluso consideraban la inauguración de un nuevo mundo por el Mesías como una peligrosa creencia que podría alterar la convivencia con la potencia romana (*Juan* 11, 45 ss).

La predicación de Jesús resultó medularmente ju-



día en sus planteamientos. Su propia misión fue presentada como el cumplimiento de las profecías mesiánicas del Siero sufriente (especialmente *Isaías* 52, 13-53, 12) que debía morir expiatoriamente por los pecados de los demás y del Hijo del Hombre (*Daniel* 7).

La creencia de que los últimos tiempos habían llegado con Jesús, el Mesías, y que la historia había iniciado ya su proceso de consumación no sólo no acentuó la tensión escatológica propia de buena parte del judaísmo de la época sino que la moderó considerablemente. Por supuesto, se asoció la Segunda venida de Cristo o *Parusía* con el juicio de la humanidad, la resurrección de justos e injustos y el juicio final seguido de recompensa o perdición eternas (*Mateo* 25, 31 ss).

Pese a todo, en el libro de los *Hechos* (1, 7 ss), cuya redacción debió ser anterior al año 62 d.C., se rechaza explícitamente la especulación sobre la cercanía de la consumación de los tiempos y Pablo de Tarso subrayó claramente que nadie debía dejarse inquietar por predicaciones o escritos que apuntaran que la Segunda venida del Mesías estaba cercana, fundamentalmente porque se trataría de un engaño (2 *Tesalonicenses* 2, 1 ss). En términos generales, los escritos del *Nuevo Testamento* se diferenciaron acusadamente de sus paralelos judíos porque repudiaron la especulación sobre la fecha del fin, rehuieron los detalles al respecto e insistieron en dar una dimensión ética a la esperanza en la consumación de la historia.

Descorrer el velo

Estas peculiaridades escatológicas del cristianismo primitivo experimentaron desarrollos importantes que denotan una acusada impronta de la imaginiería



El Cordero, símbolo de Cristo, sostiene la cruz en esta representación del Apocalipsis de Beato de Liebana.

judía en el libro final del *Nuevo Testamento*, el denominado *Apocalipsis*. Suele ser ignorado el hecho de que la palabra apocalipsis no significa inicialmente más que descorrer un velo y, por extensión, una revelación de algo oculto hasta entonces. En buena medida, y eso explica el atractivo que ha ejercido durante siglos sobre heterodoxos y sectarios, el *Apocalipsis* puede ser convertido con relativa facilidad en un espejo donde se contempla no su verdadero significado sino aquello que se desea ver y que coincide con posiciones previamente tomadas de manera más o menos consciente. Posiblemente, eso explica el escaso interés que han tenido muchos teólogos en detenerse en él. Sin embargo, también permite comprender por qué sus imágenes y símbolos serían utilizados por el arte y la predicación cristiana a lo largo de los siglos.

El *Apocalipsis* es uno de los escritos más extensos del *Nuevo Testamento* junto con los cuatro *Evangelios* y el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Presenta además una estructura muy bien trabada y dotada de una notable coherencia. En sus primeros versículos, Juan, el autor, indica que se trata de una obra dirigida a siete iglesias situadas en Asia Menor y redactada desde Patmos, una isla a la que las autoridades romanas deportaban a ciertos condenados, sometiéndolos a un régimen penitenciario terriblemente duro. Hallándose en esta isla en el día del Señor —una referencia al domingo— Juan experimentó una aparición de Cristo, manifestado como el mismo Dios que se reveló a Israel encarnado para morir en la cruz, que le ordenó poner por escrito un conjunto de visiones (1, 4-11). Los capítulos dos y tres del *Apocalipsis* recogen los mensajes dirigidos a las comunidades cristianas de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.



Lo que Jesús, por medio de Juan, anuncia a las diversas comunidades es que va a ejecutar un juicio sobre ellas si previamente no se produce un cambio radical de conducta en aquellas que no cumplen con los principios de vida a los que fueron llamadas. Tras esta advertencia, marcadamente tajante, la acción del *Apocalipsis* se desplaza de las comunidades cristianas al cielo (4, 1-2). Lo que Juan describe a continuación se inspira en algunos escritos bíblicos previos, como el libro del profeta Ezequiel, y ha tenido una influencia extraordinaria en el arte —no sólo religioso— posterior al s. IV. En primer lugar, contempla el trono de Dios a cuyo alrededor “había venticuatro tronos” en los que estaban “sentados venticuatro ancianos” y ante el que “ardían siete lámparas de fuego que son los siete espíritus de Dios” (4, 4-5).

Precisamente después de esa descripción, la escena llega a su punto de mayor tensión dramática al describirse la aparición de un rollo escrito por el interior y por el exterior, sellado con siete sellos que sólo podía abrir el Cordero de Dios que fue sacrificado (5, 1-13). De este ser es del que deriva la posibilidad de comprender el sentido de la Historia y es así porque su sacrificio fue el precio de la redención del género humano. Por el tipo de honores que se le dispensan (5, 12-3), el lector puede comprender que se trata del mismo Dios. El mensaje resulta, pues, obvio. La Historia tiene sentido porque el Dios que habló con los profetas se encarnó como el mesías prometido y porque ese mesías fue un ser manso que aceptó la muerte para con su sangre redimir al género humano. De ese hecho fundamental pende toda la Historia humana tanto hacia adelante como hacia atrás.

Precisamente, los capítulos 6-8 presentan, todavía desde la perspectiva del cielo, las consecuencias finales de esa circunstancia. En primer lugar, se encuentra el hecho de que históricamente Dios desencadena su juicio sobre la Humanidad para hacer prevalecer la justicia, un concepto expresado mediante la famosa visión de los Cuatro jinetes del Apocalipsis (6, 1-8). El resultado final de esta cadena de calamidades es, finalmente, el juicio de Dios sobre todos los seres humanos desde “los reyes de la tierra y los grandes” a “todo esclavo” (6, 12-17).

En segundo lugar, el restablecimiento de la justicia implicará la recompensa de los discípulos de Jesús el Mesías. Son descritos verbalmente como “ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel” (7, 4) pero cuando Juan dirige la mirada hacia ellos lo que contempla es “una gran multitud que nadie podía contar de todas

DOSSIER

La plaga de las langostas, en la interpretación del Apocalipsis del Beato de la abadía de Saint Sever.

las naciones y tribus y pueblos que estaban delante del trono y de la presencia del Cordero” (7, 9). De esta manera, cuando concluye esta parte del *Apocalipsis* su temática fundamental queda expuesta de acuerdo a algunos puntos fundamentales: 1) que toda la creación depende de Dios, que actuará como juez de la misma; 2) que la Historia humana sólo tiene sentido cuando se comprende que ese Dios único se encarnó y como Mesías murió, redimiendo con su sangre a la humanidad; 3) que ese mesías volverá a restablecer la justicia; y 4) que eso significará el castigo de los que quebrantaron los mandamientos de Dios y el premio de aquellos que limpiaron sus pecados en la sangre del Mesías.

Establecidos esos principios fundamentales, Juan vuelve a retomar el hilo de la acción centrada ahora en el juicio de Dios. En primer lugar, los siete ángeles tocan las trompetas de juicio sobre la Tierra, que se traducen especialmente en el anuncio de la destrucción del Templo de Dios (11, 1-2) y en el del asesinato de los dos testigos de Dios en Jerusalén, “la grande ciudad que en sentido espiri-



## DOSSIER



tual se llama Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado nuestro Señor” (11, 8).

Precisamente, después de la muerte de los dos testigos de Dios, Juan se detiene en describir la persecución del pueblo de Dios. Éste es representado como una mujer a la que persigue Satanás, simbolizado por un dragón (12, 1-5). Aunque el diablo pretende aniquilarlo no lo consigue, porque los cristianos “le han derrotado gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de su testimonio y han despreciado sus vidas hasta la muerte” (12, 11). Entonces recurre a un arma formidable que Juan describe en un lenguaje sobrecogedor: la Bestia que surge del mar y cuyo número es el 666 (13, 1-8, 18). Sin embargo, los planes de la Bestia y del dragón no tienen éxito. Tras señalar que Babilonia, la aliada de la Bestia, será destruida (14, 1-13), Juan indica cómo el destino de ésta y de los que la adoran será un tormento cuyo humo “sube por los siglos de los siglos” (14, 11).

En ese momento, se anuncia la siega –una imagen de juicio– que el Hijo del Hombre va a llevar a cabo (14, 14-20) y se describen las siete últimas plagas de Dios derramadas sobre la Tierra. Las mismas consisten en terribles castigos, incluida la aniquilación de Babilonia la Grande, cuya descripción como una prostituta vestida de escarlata estaba llamada a hacer fortuna (17, 1-13, 15-18).

La siguiente sección de la obra, iniciada con la frase “Después de esto escuché” ya va referida al último período de la historia. En ella se narra el enfrentamiento del Cordero contra la Bestia y los reyes de la tierra en la batalla de Armagedón. La victoria del Cordero tiene como consecuencia directa el que Satanás sea atado por mil años –el milenio–

**El demonio aviva las llamas del infierno, en esta ilustración del *Apocalipsis* de Bord, que se conserva en la Biblioteca de El Escorial.**



y que se produzca inmediatamente la primera resurrección (20, 1-6).

Cuando pase ese período de mil años tendrá lugar el último rebrotar de las fuerzas del mal con el ataque de Gog y Magog, bajo la dirección de Satanás, contra la ciudad de los santos. El suyo será un intento vano condenado al fracaso (20, 7-10). La derrota y castigo del diablo es seguida por la resurrección de los muertos y el juicio de todos los seres humanos ante el gran trono blanco de Dios (20, 11-15) y el establecimiento de unos nuevos cielos y una nueva Tierra en la que morará Dios y sobre la que descenderá la nueva Jerusalén (21, 1-22, 5).

### La influencia del *Apocalipsis*

Pese a su carácter acentuadamente críptico, el *Apocalipsis* ha tenido una influencia extraordinaria en la Historia. Expresiones como apocalíptico, milenarismo, marca de la Bestia, Armagedón, cuatro jinetes del Apocalipsis y un largo etcétera han pasado a formar parte del acervo común de las lenguas occidentales aunque, con el paso del tiempo, su signi-

ficado se haya distanciado del original. El texto, asimismo, ha ido experimentando fluctuaciones en su interpretación. Los primeros cristianos consideraron que buena parte de sus profecías estaba ya cumplida en el s.I, interpretando que Juan había predicho la alianza entre Babilonia (Jerusalén) y la Bestia (Roma) para perseguir a los cristianos, algo que había quedado de manifiesto en la ejecución de Jesús, en el asesinato de Santiago por algunos judíos o en la persecución neroniana de los años sesenta.

En torno al año 68, Juan anunció que Jerusalén (Babilonia) sería arrasada por la Bestia (Roma) –una predicción cumplida en el año 70 por las legiones de Tito– pero, finalmente, el poder imperial también sería juzgado. Desde esta perspectiva, sólo restaban por alcanzar su cumplimiento los ultimísimos capítulos del *Apocalipsis*, es decir, los referidos a la victoria de Cristo en Armagedón, al milenio, a la resurrección, al juicio final y al establecimiento de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Esta situación comenzó, sin embargo, a experimentar importantes fluctuaciones a partir del s. IV.

**Los ángeles separan a los justos de los pecadores en el juicio final representado en el ábside de Sant Climent de Taüll.**

Durante el mismo, la Iglesia dejó de ser una entidad perseguida por el Imperio, para convertirse en uno de sus pilares y legitimadores ideológicos. Esto tuvo, entre otras consecuencias, una influencia considerable en su concepción escatológica. Mientras que la iglesia oficial acentuó más la tendencia a encajar *Apocalipsis* en un tiempo pasado e incluso interpretó el milenio como el período que ya se vivía con posterioridad a las persecuciones imperiales (y al término del cual Cristo implantaría definitivamente Su Reino), los grupos más heterodoxos tendieron a proyectar hacia el futuro todo el contenido del libro, identificando sus calamidades con eventos del futuro y a la Bestia con el Anticristo de los tiempos inmediatamente anteriores a la Segunda venida de Cristo. El hecho de que no se supiera desde qué fecha había que comenzar a contar el inicio del milenio facilitaría, en los siglos posteriores, la fijación de fechas diversas para el fin del mundo que, una y otra vez, demostraron ser apreciaciones erróneas.

Otra línea de interpretación ha sostenido históricamente que el *Apocalipsis* no representa una narra-



ción lineal de acontecimientos que llegan hasta la segunda venida de Cristo y la restauración universal, sino una repetición de visiones en las que se expresa el conflicto multisecular entre las fuerzas del bien y las del mal. El fin llegará con el retorno de Cristo, pero lo importante es la forma que adopta la vida de cada uno hasta que ese magno acontecimiento se produzca.

### El sentido de la Historia

Para aquellos que realmente busquen hallar la enseñanza moral y práctica del libro del *Apocalipsis* esta última interpretación resulta muy sugestiva. *Apocalipsis* pretende, fundamentalmente, señalar que el conflicto más importante de la Historia es aquel en que se enfrentan las fuerzas de Dios y las del diablo. En apariencia, la Historia carece de sentido. Su sucesión interminable de injusticias, matanzas, guerras y desastres provoca que los hombres queden atónitos, pero no que den con una explicación coherente y completa. El *Apocalipsis*, sin embargo, sostiene que sí hay una clave de interpretación de la

**Los Cuatro jinetes del *Apocalipsis*, en la interpretación de Beato de Liébana, que vivió en la segunda mitad del s. VIII.**

Historia y que ésta no es otra que el hecho de que Dios se hizo hombre, murió en una cruz por el género humano y así lo redimió.

Ese acto es el que permite desentrañar el sentido de la Historia y paradójicamente el que lo realizó no era un gran dirigente político o militar sino que se asemejaba a un cordero sacrificado. Para aquellos que han decidido seguir al Cordero la vida no será fácil en esta Tierra siquiera porque el diablo es el que realmente la gobierna detrás de las bambalinas de las diversas instituciones humanas, sin excluir las religiosas. Sin embargo, al final Jesús, el Mesías sacrificado, regresará e impartirá justicia. Derrotará entonces a las fuerzas del mal, resucitará y juzgará a los muertos, restaurará la Tierra y morará en medio de su pueblo mientras el diablo y sus seguidores sufren un tormento que durará por los siglos de los siglos (*Apocalipsis* 20, 10).

Esta visión lineal de la Historia ha estado llamada a una enorme influencia en los siglos (pronto milenios) posteriores. De acuerdo con la misma, la Historia no carece de sentido y además camina hacia su consumación. Cuando en los siglos XVIII y XIX diversas corrientes decidieron arrancar a Dios de la filosofía de la Historia, no osaron despojar a ésta de su sentido finalista.

Para los ilustrados del s. XVIII, Dios –en el que la mayoría de ellos creía– no gobernaba la Historia pero ésta seguiría avanzando hacia una progresiva iluminación del género humano bajo los ideales de igualdad, libertad y fraternidad. Para Marx, también la Historia progresaría hacia su consumación cósmica, aunque quien la ejecutaría no sería el mesías Jesús sino el proletariado triunfante, que acabaría implantando la sociedad socialista.

Frente a estas cosmovisiones, el *Apocalipsis* presenta la afirmación de que la Historia experimentaría continuas catástrofes, de que el poder humano podría siempre alcanzar nuevas cotas de perversión –algo difícil de negar después de contemplar el siglo XX–, de que los que vivieran realmente según las enseñanzas de Jesús no serían bien vistos por los diversos poderes y de que la redención final no depende del esfuerzo humano sino de la intervención directa de Dios.

Este último aspecto, desde luego, podía desgarnarse en dos consecuencias que históricamente han sido fuente de aliento para millones de seres humanos. La primera, la de que el repetido y múltiple fracaso humano jamás apagaría la llama de la esperanza, porque el triunfo no dependía de él y la segunda, la de que la victoria del bien está garantizada, porque no deriva del esfuerzo de los seres humanos sino de aquel que se presentó como “primero y último” (*Apocalipsis* 1, 17), que estuvo muerto y “que vive por los siglos de los siglos” (1, 18; 4, 10). A esa visión sugestiva, en la que se puede mezclar el reconocimiento de la maldad humana y la fe en que Cristo triunfará al final de los tiempos, ha debido el *Apocalipsis* su gran poder de atracción a lo largo de siglos. Un factor que, incluso a través de hijos advenedizos y desnaturalizadores del mensaje original, ha cambiado positiva y poderosamente la Historia.

# Los profetas del fin del mundo



**El simbolismo bíblico del retorno del Mesías para reinar durante mil años ha alimentado visiones dispares, que oscilan entre la teología y el ocultismo. Unas entendían el milenio como una utopía igualitaria y otras arrastraron a sus seguidores hasta el suicidio colectivo, poniendo en escena el *Apocalipsis***

José de Segovia

Teólogo

UNO DE LOS TEMAS MÁS DIFÍCILES con que se debe enfrentar todo intérprete de la *Biblia* es el que está relacionado con la enseñanza de Jesús acerca del reino de Dios. A lo largo de la Historia, los cris-

**Los muertos salen de las tumbas para el juicio final, en una ilustración del *Speculum Humanae Salvationis*.**

tianos han desarrollado toda una serie de sistemas para explicar la relación entre la venida del Mesías y Su reinado, ya que la esperanza del judaísmo del Segundo Templo es retomada por el cristianismo del primer siglo con el difícil lenguaje simbólico de la literatura apocalíptica. Se llama así quiliismo a la doctrina que enseña el reinado del Mesías por un periodo de mil años (en griego, *jilia*).

Las distintas interpretaciones del *Apocalipsis* parten de la diferente consideración que se da al lenguaje de este tipo de literatura bíblica. Así los que ven el milenio como una figura metafórica mantienen lo que se denomina una visión amilenarista, mientras que los que consideran este término como un número literal de años que han de suceder, se dividen a su vez según la relación que dan a este periodo con la Segunda venida de Cristo. Hay dos escuelas entonces, según contemplen su retorno antes o después del milenio: los llamados premilenaristas y los postmilenaristas.

Muchos Padres de la Iglesia, como Papías (60-130), Justino (100-165), Ireneo (130-200) o Tertuliano (196-212) eran premilenaristas. Es decir, esperaban la venida de la persona de Jesús en gloria para inaugurar un reino milenial en la Tierra antes del juicio. Esta antigua forma de premilenarismo se basaba a menudo en una correspondencia entre los seis días de la creación y el día de descanso que los siguió. El milenio sería





así una restauración del paraíso, por la que se pensaba que la historia del mundo se extendería durante seis mil años, seguida por una especie de sábado milenial. Aparecería entonces una fructífera Tierra renovada, con animales en paz, en la que vivirían los santos resucitados —que para la Biblia son todos los cristianos— mil años antes de ser trasladados a la vida eterna en el cielo.

Esa esperanza tan materialista encontró rápidamente objeciones entre algunos Padres como Agustín, que empezaron a tomar esa cifra simbólicamente. El premileniarismo desaparece así hasta prácticamente el siglo XVII. El milenio se interpreta, desde los tiempos de Constantino en el siglo IV y gran parte de la Edad Media, como una imagen de la Iglesia, referida así a la totalidad de su Historia. Esa interpretación es la que se ha dado en llamar amilenarismo, por su rechazo a la creencia en un milenio futuro. El Concilio de Éfeso condena por eso el milenarismo como una superstición, aunque siempre hubo grupos que mantuvieron esta postura.

## Nostradamus, vidente de salón

Halagado por la corte de Catalina de Medici, Michel de Notredame, más conocido como Nostradamus, se convirtió en el vidente más popular del Renacimiento. Había nacido en Saint-Rémy, Francia, en 1503 y tras estudiar medicina alcanzó una cierta notoriedad por su tratamiento innovador de la peste en Aix y en Lyon en 1546-47.

En este mismo año comenzó a hacer profecías y las publicó en un libro que constaba de una serie de rimas agrupadas por centenares. En un momento en el que la astrología hacía furor, dedicó la segunda edición de su obra al rey francés en 1558. Algunas de sus profecías parecían cumplirse y fue invitado a la corte de Catalina de Medici, consorte de Enrique II, donde obtuvo el encargo de hacer los horóscopos de sus hijos. Más tarde fue nombrado médico de Carlos IX cuando éste alcanzó la corona en 1560.

Las profecías de Nostradamus fueron condenadas en 1781 por la Iglesia católica. Debido a lo críptico de su estilo, en el que mezclaba francés, español, latín y hebreo, sus profecías son complejas de interpretar, lo que ayudó sin duda a que crearan mucha controversia. De algunas se sostenía que incluso habían augurado con pelos y señales la revolución francesa de 1789. De las que no han encontrado significado, sus entusiastas suponen que predicen acontecimientos que aún no han tenido lugar.



**Fantasia grotesca de Huys, Museo del Prado. Destaca la visión clásica del infierno en llamas, en la página opuesta.**

En la época de la Reforma uno de estos sectores mas radicales lleva a cabo una rebelión en Münster en 1534 anunciando una Nueva Jerusalén. Esa postura no fue compartida por la mayoría de los reformadores, que adoptaron una forma modificada de amilenarismo, siguiendo la línea que desde la Edad Media identifica a la Roma papal con la figura bíblica del Anticristo. El milenio era para ellos un período más o menos literal en el pasado, en el que se extiende la predicación del *Evangelio*, pero la liberación de Satanás al final de ese tiempo marca la aparición del papado medieval. Los protestantes esperan, sin embargo en un futuro, la inminente aparición de Cristo que trae el juicio final y la renovación de este mundo.

### La Reforma protestante como utopía

Las ideas de Joaquín de Fiore en el siglo XII inspiraron al final de la Edad Media y el siglo XVI una nueva forma de expectativa escatológica para el final de los tiempos que es el postmilenarismo. Esta escuela cree que antes del final de la Historia vendrá una era espiritual de prosperidad y paz para la Iglesia en la Tierra, que se identifica con el milenio de *Apocalipsis*. Esta época será inaugurada por la intervención de Cristo, que en el poder de Su Espíritu producirá el milenio. Este será el sentimiento de algunos de los primeros protestantes, que ven el éxito de la Reforma como el amanecer de una nueva era para la Iglesia.

Este optimismo protestante tendrá después su principal exponente en las figuras de Thomas Brightman (1562-1607) y Daniel Whitby (1638-1726), que harán que este sistema florezca a lo largo del siglo XVII. Se ve así la aparición del milenio por una predicación acompañada del poder del Espíritu, que produce un movimiento de conversión en el mundo que traerá el reinado mundial del Cristo por la extensión del *Evangelio*. El siglo XVIII será así una gran época para el postmilenarismo, por el comienzo del movimiento misionero. Esta doctrina se diluye en el XIX, con la idea secular del progreso y la identificación que hace la teología moderna del reino de Dios con una serie de mejoras morales y sociales.

La escuela futurista reaparece en la Contrarreforma con algunos jesuitas, como Francisco Ribera (1537-1591) de Salamanca y el cardenal italiano Roberto Belarmino (1542-1621), frente a la interpretación preterista (referida al pasado) que desde Luis de Alcázar sostiene la mayor parte del catolicismo-romano. El premilenarismo vuelve a resurgir también dentro de las filas del protestantismo con autores como el alemán Alsted (1588-1638) o el inglés Mede (1586-1638), que dan lugar a grupos radicales de la revolución puritana de 1640 como los llamados “Hombres de la Quinta Monarquía”.

Será a comienzos del siglo XIX cuando otro jesuita, Manuel Lacunza (1731-1801), que escribía bajo el seudónimo de Ben Ezra y era oriundo de Santiago de Chile, escriba una obra condenada por el *Índice de Libros Prohibidos* en 1821, exponiendo un nuevo tipo de premilenarismo asociado a un

## DOSSIER



arrebatamiento secreto de los creyentes antes del milenio. Este libro será traducido en Londres por un pastor presbiteriano escocés llamado Edward Irving (1792-1834), que había comenzado una serie de conferencias sobre temas proféticos en Albury Park en 1826. Tras romper con el protestantismo histórico, Irving funda la Iglesia Apostólica, buscando restaurar los dones del Espíritu. Su influencia llega hasta Norteamérica, donde el milenarismo va a dar lugar a multitud de sectas.

### Aritmética milenarista

Algunas, como los *shakers*, creían que la Segunda venida se había producido en la persona de su fundador, en este caso la Madre Ann Lee (1736-1784). Más conocido es el caso de Joseph Smith (1805-1844), que por la inspiración de un ángel llamado Moroni, espera que Cristo regrese para establecer la Nueva Jerusalén cerca de Independence,

## Madame Blavatsky, gurú de la teosofía

Nacida en Ucrania en 1831, Helena Petrovna Hahn se casó a los 17 años con un oficial ruso, Nikifor Blavatsky, del que se separó a los pocos meses, pero del que siempre conservó el apellido. Tras viajar durante muchos años por Europa, Estados Unidos y Asia —presumía de haber vivido varios años en India y el Tíbet formándose espiritualmente—, se instaló en 1873 en Nueva York, donde unió su destino al de H.S. Olcott, con el que fundó dos años después la Sociedad Teosófica. En 1877 publicó *Isis sin velos*, su obra más divulgada, a la que seguirían

*La voz del silencio, La doctrina secreta y La llave de la Teosofía.*

Establecida en Madrás con Olcott desde 1879, aseguró que tenía poderes psíquicos y logró numerosos seguidores en India, a pesar de la hostilidad de la prensa local, que la acusaba de fraude. Murió en Londres en 1891. Sus escritos son un alegato contra la ciencia y la religión contemporáneas, a las que contraponen la experiencia mística. Su figura experimenta ocasionales repuntes de moda entre los amantes del esoterismo de quiosco. En 1980 se publicaron catorce volúmenes de sus obras completas.

Missouri, pero los mormones son expulsados de esas tierras antes de que Sión pueda construirse. John Humphrey Noyes (1811-1866) organiza también una comunidad experimental en Oneida sobre esa misma base. Será William Miller (1792-1849) quien popularice la aritmética milenarista calculando la Segunda venida de Cristo para 1843. Nace así el adventismo, que da lugar luego a otros muchos movimientos al margen del protestantismo, como los Testigos de Jehová, que han profetizado el fin del mundo para 1914, 1923 ó 1975.

El problema que todos estos grupos tenían para ser aceptados por las iglesias cristianas históricas no eran sólo razones sociológicas, psicológicas, políticas o económicas, sino también doctrinales. Estas sectas, a pesar de citar la *Biblia*, carecían de suficiente base en la Escritura para poder recibir su mensaje como una idea conforme a el testimonio de los *Evangelios*. Jesús mismo afirma que nadie sabe la hora ni el día en que habrá de venir (*Mateo* 24, 36), y antes de su ascensión les dice a sus discípulos que no les

**Destrucción de Babilonia por las llamas. Códice del monasterio cisterciense de San Andrés de Arroyo, elaborado en el s. XIII por encargo de Fernando III.**



corresponde a ellos saber el tiempo ni la época (*Hechos* 1, 7). Pablo, por eso, advierte a los cristianos que no se dejen vencer por aquellos que dicen que el día del Señor está cerca (2 *Tesalonicenses* 2, 2-4). Si algo caracteriza a todo el *Nuevo Testamento* es esa insistencia en lo inesperado del juicio futuro ante la realidad presente.



Los espíritus del Himalaya

El ocultismo también espera una nueva era de armonía y comprensión desde la aparición de la teosofía. Ese es el mensaje de una hermandad de seres desencarnados que vigila el destino del planeta como maestros ascendidos. Estos espíritus del Himalaya, según Madame Blavatsky (1831-1891), son una jerarquía que aúna el orientalismo con el ocultismo de Occidente, tal y como descubre en sus supuestos viajes al Tibet. Buda y Jesús se mezclan así en un peculiar misticismo por el que el ruso Notovich pretende descubrir en 1894 la vida desconocida de Cristo en un sincretista amaño de fraude, del que todavía se alimentan sectas como la Iglesia Universal y Triunfante de Elizabeth Clare Prophet.

Un cura secularizado francés, Eliphas Levi (1810-1875), presenta así el Evangelio de Acuario, un termino astrológico que denomina una nueva era milenarista sobre una base mágica de claro trasfondo espiritista. La filosofía hermética desde Anna Kingsford (1846-1888) va a intentar unir la teosofía con un esoterismo de origen cristiano, proclamando la unidad fundamental de todas las religiones en términos de su revelación personal. Las supuestas hermandades medievales que ahora reaparecen son generalmente ficciones, surgidas a veces como juegos o bromas. Ese es el caso del pretendido caballero del siglo XIV Rosenkreutz y su fraternidad Rosa Cruz, que busca “unificar el conocimiento de todos los hombres sabios a fin de prepararse para el juicio final” o los Caballeros del Temple, a los que se les atribuye una *doctrina secreta* en las ordenes teosóficas que fundan Besant o Wedgwood.

Annie Besant (1847-1933) y Leadbeater (1847-1934) abandonan el anglicanismo para ver a Cristo como un iniciado egipcio nacido el año 105 a.C. El Maytreya era un ser a quien identifican vagamente con Jesús y estaba a punto de manifestar el comienzo de una nueva era como Mesías. Es así como presentan a Krishnamurti en Occidente. La Antigua Iglesia Católica, establecida por católicos disidentes ante el nuevo dogma de la infalibilidad papal en 1870, se ve dividida así por Wedgwood y Leabeater, que fundan la Iglesia Católica Liberal. Este vehículo para el Maestro del Mundo nace bajo la dirección oculta de la mítica figura del conde de Saint-Germain, aunando la homosexualidad con el esoterismo.

Matanzas esotéricas

Luego, la antroposofía de Rudolf Steiner (1861-1925) cree que el milagro de Cristo restablece “el

El Apocalipsis puesto en escena

Pródigo en excesos, el siglo XX no sólo ha tenido sus correspondientes dosis de ocultismo, esoterismo y misticismo milenarista sino que ha sido testigo de matanzas rituales y suicidios colectivos, protagonizados por sectas sinceramente convencidas de que el final de la humanidad había llegado o estaba a punto de hacerlo.

Los casos más violentos han tenido lugar en las últimas décadas del siglo. En 1978, más de 900 seguidores del Templo del Pueblo se suicidaron en la jungla de Guyana, cerca de la frontera con Venezuela, tragando obedientemente una mezcla de zumo de frutas con cianuro. Seguían las instrucciones del reverendo Jim Jones, que había organizado una comuna agrícola en la selva cuyos abusos fueron investigados por el congresista californiano Leo Ryans. Cuando éste se disponía a llevarse a 20 seguidores de Jones arrepentidos de su pertenencia al Templo del Pueblo, los guardias de Jones los abatieron a balazos y el líder, ante el temor a una intervención americana, organizó en 24 horas el suicidio colectivo más masivo del siglo.

Otro caso parecido tuvo lugar en abril de 1993, cuando David Koresh prendió fuego a Monte Carmelo, su granja fortaleza en Waco, Texas, con sus 95 seguidores dentro, entre ellos varios niños.

Koresh creía en la llegada inminente del fin del mundo y entretanto practicaba el amor libre con las mujeres de su secta. Durante 51 días, mantuvo en jaque a la policía amenazando con matar a todos los davidianos. Al final, el FBI, irritado por la falta de resultados del asedio, irrumpió a sangre y fuego en el recinto haciendo realidad el apocalipsis profetizado por Koresh. Monte Carmelo acabó convertido en pira funeraria, varios davidianos perecieron por la brutalidad de la intervención policial y el propio Koresh acabó con una bala entre ceja y ceja.



camino ascendente de la evolución”. Cristo ya no es un simple avatar del espíritu del mundo, sino una figura única en la Historia, que unía rasgos semíticos y arios, pero desvinculada del judaísmo primitivo y su esperanza en una resurrección corporal. Alice Bailey (1880-1949) presenta en su *Escuela Arcana* un cristo que traerá una nueva era en un plan que han preparado los maestros reencarnados, y reivindica ahora la figura esotérica de Benjamin Creme con la campaña de publicidad que hizo su centro Tara, anunciando desde 1982 que “el cristo está ahora aquí”. Esos anuncios han dejado una trágica estela en sucesos como los del Templo del Pueblo de Jim Jones en Guyana o los davidianos de Waco en 1993,

**El rancho de los davidianos en Waco, en llamas (arriba), el suicidio colectivo de Guyana (izquierda) y el líder de la Puerta del Cielo, en un vídeo en el que anunció su despedida de este mundo antes de envenenarse junto con sus seguidores.**



Menos numeroso pero muy espectacular fue el suicidio ritual de 50 seguidores de la Orden del Templo del Sol, que se quitaron la vida en tres actos en Suiza y Canadá con horas de diferencia. Todos compartían una fe ciega en el médico homeópata Luc Jouret, que anunciaba la proximidad del fin del mundo. Los templarios se suicidaron ordenadamente colocados en círculos y en todos los casos habían puesto en marcha dispositivos que prendieron fuego a las casas donde se efectuó el ritual.

El caso más original de todos, por la mezcla de superstición y futurismo de alta tecnología, es de los 39 informáticos de la secta Puerta del Cielo que se quitaron la vida en una mansión de San Diego, envueltos en sudarios de color púrpura con una dosis de fenobarbital para subir a una nave espacial que los llevaría tras la estela del cometa Hale-Bopp. Todos los suicidas, que mantenían incluso una página en Internet, grabaron en vídeo su despedida mostrando gran contento, ya que el planeta Tierra estaba “a punto de ser reciclado”.



que unidos a la ufología han dado lugar a delirios como los de la Puerta del Cielo o el Templo Solar. El mensaje del cristianismo histórico sigue siendo sin embargo que Cristo ha venido una sola vez en la persona histórica del Jesús de los *Evangelios* para dar sentido a la Historia, como Dios encarnado, pero sacrificado como un cordero, para salvar al hombre. La nueva era que anuncia su resurrección es para los creyentes la esperanza de su regreso para renovar cielos y tierra. No se pueden confundir por lo tanto estas locuras escatológicas con la esperanza cristiana, que se presenta al mundo como alternativa al milenarismo secular de creer que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

# El juicio final en el Islam

**La tierra temblará tres veces, las sepulturas se volverán del revés, un humo espeso cubrirá la tierra, el sol saldrá por Occidente... anunciando la aniquilación completa que precederá al juicio final**

Soha Abboud-Haggar

Arabista

Universidad de Salamanca

**T**E PREGUNTAN POR LA HORA: “¿CUÁNDO llegará?” Dí: “Sólo mi Señor tiene conocimiento de ella. Nadie sino Él la manifestará a su tiempo. Abruma en los cielos y en la tierra. No vendrá a vosotros sino de repente” (7:187). Con aleyas como ésta, el *Corán*—revelación divina llegada al hombre por medio de Muhammad, el mensajero de Alá, entre los años 611 y 632 y fuente de todo dogma y ley en el Islam—, zanja la indeterminación de la fecha y hora del día final.

Sin embargo, la exégesis de muchos de los relatos y tradiciones sobre los dichos y hechos de Muhammad—conocidos como la “Sunna” del Profeta y que constituyen el otro pilar sobre el que se asienta la fe y la vida de un musulmán—, introdujo en las creencias populares islámicas datos relativos a la llegada del fin del mundo. Los cambios de siglos o el año 1000 de la hégira (coincidente con el año 1591) serían las fechas más susceptibles para tal desenlace universal. Algunos hechos políticos, sociales o religiosos también serían premonitorios de este final: las guerras civiles, el derramamiento de sangre, la corrupción de las costumbres, la vuelta a la idolatría...

Ahora bien, a pesar de la existencia de estas ideas dentro del Islam y ateniéndose a las enseñanzas del Corán y de las tradiciones más fehacientes, los pensadores ortodoxos sunníes negaron siempre la



determinación de la fecha del final del mundo y rechazaron la idea de una “edad de oro” que existiría gracias a la resurrección anticipada de los justos y que precedería el Juicio Universal. Para ello se basaron sobre una de las tradiciones más conocidas del Profeta, contada por uno de sus más cercanos compañeros, Saad b. Sahl, según quien el mensajero de Alá había dicho: “Yo y la Hora última estamos cerca el uno del otro como esto”. Y para explicar lo que quería decir pegaba el dedo pulgar contra el dedo corazón mientras hablaba.

## Las señales precursoras del día final

Lo que sí confirman el *Corán* y la *sunna* y aceptan como dogma de fe todos los musulmanes, tanto sunníes como chiíes, es que habrá una aniquilación ge-

neral que precederá la resurrección de los cuerpos. Este apocalipsis general será anunciado por una serie de fenómenos naturales que ya predijo el Profeta al amenazar con la destrucción total a quienes se oponían a su nueva religión en La Meca; pues dice el *Corán*: “Cuando el cielo se hienda, cuando las estrellas se dispersen, cuando los mares sean desbordados, cuando las sepulturas sean vueltas al revés” (82:1–4). Entonces aparecerán las diez señales mayores—algunas tradiciones rebajan el número a seis—que llevarán indefectiblemente al fin del mundo.

Tres movimientos sísmicos, uno en el Este, el segundo en el Oeste y el tercero en la península Arábiga, que provocarán la desaparición de pueblos enteros, serán las tres primeras señales. El humo espeso, mencionado en el *Corán*: “Espera, pues, el día que

**La escatología musulmana sostiene que Mahoma viajó al mundo de ultratumba guiado por el angel Gabriel y montado en un caballo alado, Buraq. Esta miniatura turca que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia alude a ese viaje nocturno del profeta.**

el cielo traiga un humo visible” (44:10), será la cuarta señal; y añaden algunas tradiciones que este humo, que cubrirá toda la tierra, se desprenderá de los rescoldos que dejarán los fuegos del infierno el día de la resurrección.

La quinta señal será la aparición de *al-daggal*, “el impostor”, —representación musulmana del Anticristo—. Se tratará de un hombre joven, tuerto del ojo izquierdo y con el ojo derecho enfermo, de color rojizo y tapado con una gruesa membrana que le dejará ciego. De entre sus características más prominentes será la inscripción estampada en su frente: KFR, tres consonantes árabes que son raíz del participio activo *kafir*, que significa infiel, no creyente. Después de vagar por toda la tierra y sembrarla de desgracias, perecerá a manos de Jesucristo, llamado en la cul-



tura islámica Isa, hijo de Mariam.

La sexta señal será la aparición de la bestia *al-dabba*, un ser repelente, enorme, de pelo larguísimo. Tendrá en la mano el bastón de Moisés, con el que marcará la cara del creyente, y el sello de Salomón, con el que sellará la nariz del infiel, para poder diferenciarles; según las tradiciones tardías, éste será más bien un hombre que una bestia, porque tendrá la facultad de hablar y de razonar.

En este panorama escatológico aparecerán, como séptima señal, los dos personajes bíblicos, Gog y Magog —llamados en la tradición musulmana Ya'gug y Ma'gug— que arrasarán cuanto encuentren a su paso e inundarán pueblos enteros.

La octava señal será la salida del sol por Occidente, donde está situada la Puerta del Perdón, que sólo se cerrará cuando salga el sol por ahí. El surgimiento del fuego del medio de las tierras de al-Hiyaz o desde el fondo de las tierras de Adén en el Yemen, será la penúltima señal, que abasará a todo ser antes de la llegada de Jesucristo, Isa, hijo de Mariam, que representa la décima y última señal del fin del mundo.

### Jesús, islamizado

Jesús bajará de los cielos, donde había sido elevado junto a Dios después de su crucifixión para liberar la Tierra de los estragos del impostor. Muchas tradiciones describen la llegada de Jesús. Según una de ellas, recogida en un tratado andalusí del siglo XIII, Jesús “... descenderá sobre el minarete blanco situado al este de Damasco; estará vestido con dos bandas de tela ligera, tenuemente teñida de color azafrán, y estará apoyado sobre las alas de dos ángeles [...] Caerán de su frente gruesas gotas de sudor que se derramarán como si de perlas se tratara [...] Entonces buscará al impostor, al-Daggal, hasta encontrarlo a las puertas de Ludd, en Palestina, y lo matará”. Todo lo hará bajo la ley del Islam, porque previamente habría proclamado su adhesión a la religión de Muhammad.

Hay que destacar, sin embargo, que a pesar de que muchas tradiciones dejan claro que este papel de salvador del impostor está atribuido a Jesucristo islamizado, no existe unanimidad al respecto entre las dos doctrinas musulmanas, la sunní y la chií. Incluso entre los partidarios de la primera, parte admite que Jesucristo es el que desempeñará este papel, otra otorga el protagonismo a un Jesucristo convertido en *mahdi* —“el guiado por Alá”, figura con absolutos tintes musulmanes a la que las creencias populares le adjudicaron un papel de renovador de la religión y de la justicia—, e incluso parte lo atribuye al Profeta Muhammad y no a Jesucristo.

Los chiíes, por su parte, rechazan totalmente el papel de Jesucristo y lo atribuyen sin titubeos a su

En su viaje al más allá, Mahoma, con el rostro velado, cruzó siete cielos hasta llegar a la presencia de Dios. Unos ángeles acompañan al profeta en esta miniatura turca que se exhibe en el palacio de Topkapi, Estambul.

*mahdi*, que vive oculto y que volverá al final de los tiempos con el fin de restaurar la paz y la justicia.

La actuación de esta figura mesiánica, sea ésta Jesucristo o *al-Mahdi*, durará un tiempo indeterminado y finalizará cuando fenezca el mundo el día del *Apocalipsis*. Jesucristo volverá a aparecer en las escenas escatológicas en un papel difuso de asesor del Alá, el juez supremo.

### Resurrección

Así dijo Alá en el *Corán*: “Cada uno gustará la muerte” (29:57); “Todo perece, salvo Él” (28:88). Por tanto, todo morirá al primer toque de trompeta que soplará el ángel Gabriel. Sin embargo, algunas tradiciones del Profeta son menos radicales, porque permitieron la salvación de algunos entes, como el trono y el asiento de Alá, el infierno y el paraíso, la tabla de la vida y la pluma que escribe el destino.



## DOSSIER

### Sunníes y chiíes

La mayor escisión dentro del Islam es la que protagonizan sunníes y chiíes. Se produjo pocos años después de la muerte del Profeta, por las rivalidades sobre el liderazgo de la naciente comunidad musulmana entre Muawiya b. Abi Sufyan, futuro fundador de la familia Omeya en Damasco, y Alí b. Abi Talib, cuarto califa ortodoxo y primo y yerno del Profeta pues estaba casado con su hija Fátima. La rivalidad desembocó en la formación de dos bandos: uno a favor de Muawiya, cuyos seguidores terminaron siendo los sunníes y otro, a favor de Alí, que constituirán la "shi'a" ("los partidarios") es decir, los chiíes.

La división que había empezado con carácter político, pronto se convirtió en una profunda brecha religiosa debido a la evolución del pensamiento de los partidarios de Alí. Para ellos, Alí había sido nombrado por el mismo Profeta como sucesor suyo en sus funciones proféticas, por designio divino, y le había transmitido nociones y conocimientos secretos que le habilitaban para ser el único imam “líder, jefe”, capaz de impartir doctrina y gobernar. Este conocimiento secreto se trasmitía de padres a hijos entre los descendientes de Alí, únicos descendientes carnales del Profeta, ya que



él no tuvo descendencia masculina. Los escogidos para tal herencia eran los verdaderos imames, líderes religiosos y temporales, hombres perfectos, infalibles, cuyo cometido era hacer reinar la paz y justicia en el mundo. Ahora bien, ante su impotencia para contrarrestar las adversidades y ante su obligación de vivir oculto para protegerse de sus enemigos que no pudo con ellos, en un momento dado este Hombre Perfecto optó por ocultarse, para volver cuando sea la voluntad de Alá. Nació así la figura salvadora, "mesiánica" del *mahdi*.

La identidad del Imam, descendiente directo de Alí que optó por ocultarse para esperar vivo el momento adecuado para surgir y cumplir con su misión, es el tema que divide a los chiíes en varias ramas. Por citar sólo dos ejemplos, están los duodecumanos o imamíes, mayoritarios en Irán, quienes creen que fue el duodécimo imam, Abu I-Qasim Muhammad b. al-Hasan al-Askari (m. 874). Los septimanos o los ismailíes creen que fue el séptimo imam, el imam Ismail, hijo de Gafar; éstos se ramificaron en varias sectas como los "asesinos" —aniquilada en Alamut en el año 1164— y los actuales seguidores del Aga Khan.

Se salvarán también los profetas, los ángeles y los genios del paraíso, así como un hueso del cuerpo humano, el sacro, a partir del cual se reconstituirán los nuevos cuerpos el día de la Resurrección. Esta devastación general terminará cuando el ángel vuelva a tocar la trompeta. Entonces será el momento de la resurrección de los cuerpos y la comparecencia ante Dios.

La resurrección, con su sentido etimológico de la *resurrectio*, la vuelta a la vida de lo que ha perecido, es uno de los dogmas incontestables del Islam porque así lo instituyó Alá por medio de Muhammad al revelarle, entre otras, la siguiente aleya: “Luego, seréis devueltos a Nosotros” (29:57). Los cuerpos resucitados serán perfectos, sin defectos, incorruptibles, en lo más floreciente de la edad, cada uno en el sexo y la estatura que tuvo o hubiera tenido si hubiera llegado a la edad madura. Ahora bien, a diferencia de la religión cristiana, este cuerpo resucitado volverá con todos sus sentidos para disfrutar con ellos de las delicias del paraíso —indescribibles por su magnificencia— o sufrir eternamente el fuego de la *gehena*.

El día de la reunión universal, cuya duración es incommensurable y durante el cual Dios congregará a todas sus criaturas sin excepción, será el momento de la resurrección de los cuerpos. Presentes estarán los profetas y los mártires de la guerra santa —a quienes les será ahorrado el trance del ani-

Alí, yerno del profeta Mahoma, en un retrato imaginario expuesto en el bazar de Shiraz, Irán, iluminado por A. de M.

quilamiento general—; estarán hombres y mujeres, genios, ángeles, animales y aves. Todos comparecerán ante Alá porque así lo dijo en el *Corán*: “El día que Él los congregue a todos” (34:40). Y la tradición añade que el primero que llegará al lugar de la reunión será el Profeta del Islam. Este lugar será, según escribió el gran filósofo y teólogo musulmán del siglo XII, Abu Hamid al-Gazali: “Una tierra tirando a blanca, totalmente desierta, libre de cualquier accidente, sin edificios que resguarden ni elevaciones que limiten la vista; no tendrá nada que ver con la tierra que conocemos [...] Entre la fuerza del sol, el calor de la respiración y el ardor de los corazones por el fuego de la vergüenza y del temor, el sudor rebotará de cada pelo hasta derramarse sobre el sendero de la resurrección ...” y éste cubrirá a los congregados según sus pecados.

### El juicio final

La naturaleza teológico-filosófica del juicio final en la cultura islámica es parecida a la cristiana; sin embargo, difieren las modalidades de la celebración, que forman parte del dogma de fe, imprimiendo a la creencia musulmana un matiz especial.

Ante Alá, el juez supremo, el juez justo y omnipotente, comparecerán todos y cada uno sin excepción. Según recoge el teólogo musulmán al-Gazali: “... enormes ángeles se llevarán a la gente ante el Todopoderoso [...] primero comparecerán los profe-



tas, como Noé y Jesús, a quienes les preguntará si han cumplido con su misión; luego llamará a cada uno por su nombre para que rinda cuentas y, como dijo el Profeta, la gente no verá a Dios lo mismo que no se puede mirar al sol de día ni a la luna en una noche despejada”.

Cada persona tendrá en la mano una hoja o libro en el que los dos ángeles “escribas” que la han acompañado durante toda su vida han escrito sus buenas y sus malas acciones. El justo recibirá su libro en la diestra, mientras que el culpable lo tendrá detrás de la espalda o en la siniestra.

Después habrá una balanza para garantizar la justicia del veredicto. En un tratado escatológico oriental del siglo XII, se precisa la escena: “... Uno de los platillos se situará a la derecha del Trono, y es el platillo de las buenas obras; el otro, a la izquierda, es el de las malas [...] Las obras buenas, por el bien que hizo y la obediencia, pesarán más que sus obras malas y significa que vivirá la vida del paraíso plenamente y como dijo Alá –ensalzado sea– pero aquel cuyas obras pesen menos tendrá por morada un abismo (101:8,9)”. Cada miembro culpable de haber desobedecido atestiguará contra su propio dueño.

El juzgado encontrará después un puente, fino

En esta representación del viaje al más allá de Mahoma, el caballo alado ha sido sustituido por un ángel. Miniatura turca del s. XIV. Escuela de Tabriz.

como un cabello y afilado como una hoja de espada, tendido sobre el abismo infernal, llamado *gehena*, por el que todos, creyentes y no creyentes, deberán cruzar. Al principio del puente estará el ángel Gabriel y en el medio el ángel Miguel, que interrogarán a los resucitados sobre sus acciones. El primero en cruzarlo en un abrir y cerrar de ojos será Muhammad, seguido por los otros profetas; los justos y los creyentes, a los que Alá habrá decidido perdonar sus pecados, pasarán sin problemas. De entre los otros, habrá quien caerá en los infiernos y quien se quedará colgado en el abismo, bien para permanecer allí eternamente, bien por cierto tiempo, según el veredicto. “Éste es el momento, dice al–Gazali, para que los que fueron condenados al infierno pidan la intercesión de los justos porque Alá, por su misericordia, acepta la intercesión de los profetas, los beatos y los hombres justos, pero para eso, y así lo advierte, tienes que haberte ganado este derecho a la intercesión al no haber humillado a ningún ser humano”.

Quienes pasaren el puente hallarán al otro lado un estanque en el que saciarán la sed antes de entrar al paraíso. Cada profeta tendrá el suyo propio, al que irán a beber sus creyentes; el mayor será el del Profeta Muhammad del que dijo, según recoge al–Gazali: “Mi estanque será tan grande como la distancia entre Adén y Omán; sus aguas serán más blancas que la leche, más dulces que la miel; sus vasos serán tan numerosos como las estrellas del cielo y quien beberá de él nunca más tendrá sed”.

### Infierno y paraíso

La existencia del infierno y del paraíso es dogma de fe en el Islam como lo son también la intercesión del Profeta, el peso en la balanza y la existencia del estanque en todo el ritual del juicio final. Huelga decir que tanto el infierno como el paraíso han sido descritos miles de veces, así como los tormentos del primero y los goces del segundo. El Profeta Muhammad, después de haber visitado los siete cielos en compañía del ángel Gabriel en *La Noche del Poder*, dijo: “... Ví que a algunos pecadores les eran amputados sus labios con tenazas de fuego incandescente; le pregunté

a Gabriel quiénes eran... eran los que habían sembrado la discordia entre las gentes; a otros se les arrancaba la lengua y eran los que habían levantado falso testimonio; (...) otros, que habían de permanecer colgados por sus miembros viriles de unos ganchos de fuego, eran los que habían cometido adulterio en este mundo; (...) vi tal número de mujeres que formaban una muchedumbre importante: estaban todas ellas colgadas de unos maderos muy grandes de fuego por sus partes vergonzantes [...] eran las que no habían dejado de practicar la lujuria y la fornicación”. El infierno, según lo describe al–Gazali está “... situado al fondo de las siete tierras; allí existen setenta mil valles, en cada valle hay setenta mil valles más pequeños llenos de serpientes y alacranes de los que nunca se salvará el infiel y el hipócrita”.

A los gozos del paraíso dedicó su tratado el andalusí Abd al–Malik b. Habib (m. 852), en el que dice: “Dios creó el paraíso el día de su creación. Creó allí siete cielos, colocando unos sobre otros (...) Los ríos del paraíso no corren por cauces, son más blancos que la nieve, más dulces que la miel, de aroma más grato que el almizcle. Sus fuentes corren sobre guijarros de perlas y de zafiros (...) Habrá en él arroyos de agua incorruptible, arroyos de leche de gusto inalterable, arroyos de vino, delicia



## DOSSIER

En la tradición islámica, el Paraíso está formado por siete círculos concéntricos, (derecha). Bajo estas líneas, dos ángeles acompañan a Mahoma en su ascenso al cielo. Miniatura turca de 1583, procedente del Museo de Arte Turco e Islámico, Estambul.



de los bebedores y arroyos de depurada miel (...) El hombre recibirá algo así como la energía de cien hombres para comer, beber, tener apetito sexual y (realizar) el coito (...) La necesidad de cada uno de ellos es un sudor, que se elimina por la piel; ni defeca ni orina: tan sólo eructan un aroma de almizcle, infundiéndoseles la loa y la alabanza [a Dios] tal como se les ha infundido las almas...”.

Así vivirá el musulmán en el paraíso, en un ininterrumpido gozo sensual, rodeado de huríes, criaturas femeninas maravillosas, luminosas, transparentes, y de efebos, de amor y de lujo. Les será concedida una gracia especial: ver la figura del Altísimo que les invitará, todos los viernes, a visitarle. Allí, al lado del trono majestuoso, verán *El cuadro del destino* extraído de una perla gigantesca, sobre el cual está escrito, con una pluma hecha de luz, el presente, pasado y porvenir de todos los seres vivos.

Así que, como en la cultura cristiana, el musulmán morirá dos veces: la primera, la muerte natural que termina en la tumba y la segunda, la muerte universal, que le llevará eternamente al paraíso o al infierno después de la resurrección de los cuerpos y el juicio final. Y como en el cristianismo, cuatro son los estados en los que puede terminar el alma humana después del juicio divino: cielo, infierno, purgatorio y limbo.

## El mahdismo, un rasgo mesiánico musulmán

La figura salvadora mesiánica islámica de *al-Mabdi* “el guiado por Alá” que interviene en las escenas escatológicas no tiene el mismo valor para todos los musulmanes, debido a la escisión doctrinal que sufrió el Islam en sus comienzos. La fe en la presencia de un hombre perfecto a la cabeza de los creyentes, un *mabdi*, predispuso siempre a los chiíes a la idea de un mesianismo o, mejor dicho, a un mahdismo continuo.

Distinto es el mahdismo sunní, porque éste proliferó solamente a nivel popular. Los teólogos sunníes se aferraron siempre al principio de la no-or-

toxia de la espera de un *mabdi* salvador, restaurador de las tan añoradas justicia y buenas costumbres, que aparecería en un momento dado para liberar a los oprimidos. A pesar de ello, la idea de la llegada de un *mabdi* atrajo siempre la atención y llenó los pueblos con esperanzas utópicas que permitieron a muchos líderes manipular a las masas y desestabilizar el poder establecido. Así, en el Medievo, en Marruecos y al-Andalus, el movimiento almohade fue liderado por un *Mabdi* y otro movimiento, liderado también por un *Mabdi*, provocó la guerra del Sudán a finales del siglo pasado.